

que le dieron volvió en sí y pudo pasar adelante y llegar á Vayapan, una legua de Tetela. De allí, en acabando de comer, salió el padre Comisario el mismo viernes, y pasada otra mala barranca, y andada ménos de media legua, llegó á un poblecito de los mismos indios y Arzobispado, visita de nuestro convento de Xuchimilco: pasó de largo, y pasadas otras muchas cuestas y barrancas, que en tiempo de agua no se pasan sin manifiesto peligro, pasó entre ellas una muy profunda y de mal camino así á la bajada como á la subida, por la cual corre un riachuelo, y pasado otro pueblo, visita tambien de Xuchimilco, y finalmente bajada otra gran barranca en que se pasan dos arroyos, llegó antes que el sol se pusiese al pueblo y convento de Xuchimilco, cuatro leguas de Guayapan; cogió á los frailes muy descuidados, los cuales se espantaron de su inopinada llegada, porque le hacian á la sazón en el vallé de Toluca, bien lejos de allí: descansó en Xuchimilco aquella noche, que iba muy necesitado, cansado y fatigadísimo. El camino de aquel día va por detrás del volcan de fuego por la banda de Mediodía, por las laderas de sus faldas, y todos aquellos rios y arroyos salen del mismo volcan.

Sábado cuatro de Enero, ya que amanecía, salió el padre Comisario de Xuchimilco, y bajadas las cuestas que están allí junto y pasado un arroyo y despues el rio de Atrisco, dejando á la mano derecha junto al camino el pueblo de San Juan Tianguizmanalco, dos leguas de Xuchimilco, atravesó la barranca que está cerca de las casas con el arroyo que corre por ella, y pasado más adelante otro arroyo cerca de una estancia donde de camino confesó el nauatlato un indio enfermo, llegó á

un buen rio, el cual pasó por el vado que era ancho, y finalmente, llegó á las once del dia á la cibdad y convento de Chulula, cuatro leguas de San Juan Tianguizmanalco y seis de Xuchimilco. Estaban comiendo los frailes, los cuales quedaron admirados de su llegada, y lo mesmo hicieron los demás de la comarca, porque todos, como dicho es, pensaban que estaba en el valle de Toluca.

Despues de haber comido y descansado un poco, salió el padre Comisario de Chulula aquel mesmo dia ya tarde, y andadas aquellas dos leguas, llegó antes que el sol se pusiese, á la cibdad y convento de la Puebla de los Angeles, donde se detuvo hasta el lunes siguiente, y aunque llegó indispuesto, predicó el dia de los Reyes á los españoles, y entre otras cosas que en aquel convento hizo fué una echar preso al lector que habia sido de Tezcuco, por habersele probado que habia incitado y persuadido á los estudiantes que no recibiesen por guardian á fray Alonso Urbano, que ellos mesmos habian elegido, como de hecho lo hicieron, como atrás queda dicho.

Martes siete de Enero salió de la Puebla tan de madrugada, que antes que fuese de dia estaba en el pueblo de Amozoc, tres leguas de allí de buen camino; estaban los indios aguardándole á aquella hora hechos muchos arcos, y junto á ellos algunos fuegos para defenderse del frio que por allí hace, pensando que se habia de detener con ellos, pero el padre Comisario que llevaba mas priesa, habiéndoles agradecido su devocion, pasó adelante camino de Guamantla y por el camino que dicen del monte, al pié de la sierra de Tlaxcalla, llegó al salir del sol á una fuente que llaman de los frailes, ó porque

ellos la hicieron ó descubrieron, ó porque en ella se suelen detener á descansar, y es la mesma que va encañada á Tepeaca: el padre Comisario no se detuvo en ella, sino pasó de largo, y salido del monte, que es de pinares y encinares, llegó á un pueblo pequeño de indios otomíes, visita de Guamantra, donde descansó un rato; prosiguió despues su viage y llegó antes de comer al mesmo pueblo y convento de Guamantra, cinco leguas de Amozoc y ocho de la Puebla; hizosele un recebimiento muy solemne, que es gran pueblo y de indios muy devotos, visitó el convento (del cual y de los indios de aquella presidencia con los de la cabecera queda ya dicho) y detúvose allí aquel dia y el siguiente. Llevó el padre Comisario aquel dia para que le guiasse á un fraile lego muy simple del convento de la Puebla, llamado fray Sebastian Aparicio, el cual fué en el siglo hombre de grandisimas fuerzas y de recísima complexion, y dejadas aparte cosas extrañas que hizo en su mocedad para prueba desto, las cuales no se cuentan aquí por evitar prolixidad, por las que entónces siendo fraile en su vejez hacia se verifica bien lo referido, por que siendo como es de casi noventa años de edad, anda con una carreta de cuatro bueyes sin ayuda ninguna de fraile, español ni indio ni otra persona, acarreando leña y maíz y otras cosas necesarias para el sustento de aquel convento y nunca le hace mal dormir en el campo al sol ni al aire ni al agua, antes este es su contento y regalo y cuando está en el convento ha de tener la puerta de la celda abierta y ver el cielo desde la cama en que duerme, porque de otra manera se angustia y muere: si se le moja la ropa nunca se la quita, sino en el mismo cuerpo se le enjuga, y si por estar sucia la ha de la-

var, sin aguardar á que se seque se la viste y él la enjuga y seca con el calor del cuerpo. sin que de nada desto se le recrezca enfermedad ni indisposicion alguna; fué casado, pero nunca conoció su muger ni durmió con ella porque era niña, y él era simplicísimo y no se le daba nada de lo que en semejantes ocasiones se suele hacer, ni lo sabia. Muriósele la muger por un caso extraño, el cual él mesmo contó aquella mañana al padre Comisario, y fué que él tenia junto á México una casahuerta en que habia mucha arboleda, y en ella un albarcoque muy grande, muy hermoso y de gran copa, el cual como estuviere cargado de fruta y el Sebastian Aparicio absente, á la muger y otras tres ó quatro doncellas que quedaron en casa se les antojó comer de la fruta de aquel albarcoque, cogida por sus manos de allá de lo alto, y así subieron todas en él, y pareciéndoles que seria bien comer allá arriba, hicieron subir una mesa y puestos en ella los manteles y la comida, al tiempo que estaban mas descuidadas se desgajó el albarcoque y cayeron todas, la muger del Aparicio cayó debajo de las otras y quedó tan quebrantada y molida que dentro de pocos dias murió, las demás se metieron monjas; el Aparicio se hizo donado de nuestras monjas de Santa Clara, y al fin dejándoles la hacienda que le habia quedado, se metió fraile de nuestro hábito y servia en la Puebla de los Angeles, como dicho es. Aquella mañana le dijo el padre Comisario que por qué no se ponía unas calcillas, pues era tan viejo y hacia tan recio frio por allí, á lo cual, él con una simplicidad extraña, respondió diciendo: mas aveemos agora las piernas á calzas, y no habrá despues quien se averigüe con ellas.

Jueves nueve de Enero dejando en Guamantra á fray

Sebastian de Aparicio, y llevando por guía á un mozo español que sabia el camino y se ofreció á guiarle hasta llegar á Zacatlan, salió el padre Comisario de aquel pueblo y convento, y pasados ántes que amaneciese dos pueblos de indios otomíes, llegó poco despues de salido el sol, á otro de los mismos indios llamado Tlaxcalla ó Tlaxcaleque, sujetos á Tlaxcalla, pasó de largo y pasadas algunas barranquillas, atravesó por otro pueblo y por una estancia y casas de indios, y subida y bajada una mala cuesta, llegó á un riachuelo en cuya ribera descansó un rato, y tomada refeccion volvió á proseguir su viage. Comenzó á cabo de poco trecho á ir el camino cuesta abajo, una cuesta tras otra, y otra tras otra y á meterse en una niebla tan espesa y obscura que demás del daño que hizo al padre Comisario y á sus compañeros, no se vian los unos á los otros; finalmente, pasados algunos arroyos y un riachuelo, junto á una estancia le salió á recibir el guardian del convento de Zacatlan y luego allí junto salió al camino el guardian de Tezcuco, en cumplimiento de lo que el padre Comisario le habia escrito desde Cuernavaca, como queda dicho, y con ellos por aquellas cuestas abajo, como queda dicho, llegó á un bonito pueblo de indios mexicanos llamado Santiago, visita de Zacatlan, doce leguas de Guamantla. Era ya tan tarde y tan á deshora é iba ya tan cansado y molido de la madrugada, larga jornada, mal camino y demasiadas nieblas, que no pudo comer ni comió bocado; luego salió de allí, y llevando por todo el camino un agua muy menuda con una obscura niebla, y andadas dos leguas asimesmo de cuesta abajo, llegó ya tarde al pueblo y convento de Zacatlan, donde los indios, y unos pocos de españoles que allí habia, le hicieron muy buen recebi-

miento. El convento es de la vocacion de San Pedro y San Pablo, es antiguo y está acabado, con su claustro, dormitorios y huerta, en la cual se dan y cogen muchas nueces y manzanas, y entra el agua que es menester para regarla, moraban allí tres religiosos: visitólos el padre Comisario y detúvose con ellos aquel dia y el siguiente, pero no pudo en aquel tiempo ver las casas del pueblo ni aun el cielo, por la espesa y obscura niebla que hizo, la cual hace allí cuasi todo el año: la iglesia del convento no estaba acabada, habia en su lugar hecha una ramada de paja. El pueblo es de mediana vecindad, metido en una hoya muy honda, dánse en él muchas nueces y maravillosas manzanas que tienen fama en todo lo de México, dánse tambien algunas castañas de España, pero chicas y ruines. Las visitas de aquella guardianía son muy trabajosas y peligrosas, porque se va á ellas por sierras muy altas y ásperas en que se hallan micos, tigres, leones y otros animales. Los indios de Zacatlan y en algunas de las visitas son mexicanos, los de otras son totonacas y todas caen en el Obispado de Tlaxcalla.

Sábado once de Enero salió de Zacatlan el padre Comisario mucho antes que amaneciese, con una luna muy clara y tiempo sereno, y así pudo ver las casas del pueblo donde se quedó la guia español, y llevando por guia al guardian de Tezcuco, pasadas muchas cuestas entre pinares con un frio muy recio, y un rio que corre por una barranca y unas cenaguillas y pantanos con un arroyo, llegó aún de mañana á un poblecito de indios otomíes llamado Santa Mónica, visita de Augustinos: allí se detuvo más de media hora, calentándose á la lumbre que los indios hicieron, porque iba muy necesitado, y

fatigado del frio, y allí comió con sus compañeros un bocado, que de todo esto llevaban todos necesidad; luego prosiguió su viage, y pasadas unas barranquillas y un arroyo, erró el camino por descuido de la guia, y anduvo más de una legua más de lo que era menester por no ir por el derecho, al fin echado de ver el yerro atravesó por unas sendillas hasta llegar á un pueblo que está camino real, visita del convento de Tullantzingo. Pasado este y un rio con algunos arroyuelos, llegó el padre Comisario á horas de comer al pueblo y convento sobredicho de Tullantzingo, nueve leguas de Zacatlan, saliéronle á recibir muchos españoles de los que allí residen, y con ellos el alcalde mayor de aquella provincia, sin los indios que le hicieron particular fiesta y recibimiento. El pueblo es grande, dánse en él muchas nueces, es tierra más limpia de nieblas y más clara que la de Zacatlan, y está fundado en un valle muy grande y espacioso; los indios que en el pueblo de Zacatlan y en los demás de aquella guardiania moran son mexicanos, aunque en las visitas hay algunos otomies, y todos caen en el Arzobispado de México. El convento es acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en que hay muchos nogales y se cogen muchas nueces, riégase con agua de pié que entra en ella. La vocacion del convento es de San Juan Baptista, suele haber estudio de artes en él, y cuando no le hay, como entónces no le habia, residen cuatro y cinco religiosos; visitóse y detúvose allí el padre Comisario aquel dia y el siguiente, en que predicó á los españoles.

En aquel convento está enterrado fray Hernando de Basacio, religioso francés de la provincia de Aquitania, el cual fué muy docto y de ingenio muy claro y gran

lengua mexicana, en la cual escribió muchos y diversos sermones de maravillosa doctrina y con grandísima elegancia, y tradujo en ella las epístolas y evangelios de todo el año, fué de los primeros que enseñaron canto de órgano á los indios, con los cuales trabajó sin cansarse hasta la muerte en la obra de la predicacion y confesiones: fué observantísimo de su profesion y celosísimo de la virtud.

¶ Estando el padre Comisario general en Tullantzingo, le avisó fray Juan Cansino, el que, como dicho es, hacia en México el oficio de fray Pedro de Zárate (que ya era partido para España), que el Virey le mandaba ir á aquella cibdad porque como el provincial se estaba todavía en ella, habia hecho entender al Virey que el padre Comisario no podía detenerse en la visita más de seis meses, y que se tardaba más y que se iba despacio, dilatándola, por tenerle á él más tiempo suspenso; todo lo cual era muy al contrario, porque el durar ó no durar seis meses era invencion del provincial y de sus secaces, sin ningun testo, razon ni fundamento, y en lo otro se engañaban en más de la meytad del justo precio, como dicen, pues como se ha visto, hacia la visita casi por la posta, no deteniéndose casi nada en cada convento, como queda dicho.

¶ Lunes trece de Enero salió de Tullantzingo el padre Comisario muy de madrugada, halló el camino muy mojado de lo que la tarde y noche antes habia llovido, que no fué poco, y como la madrugada fué grande, andadas tres leguas y media llegó antes que el sol saliese á un pueblo de aquella guardiania llamado Santa Cruz, pasó de largo, y andadas otras tres leguas y media de buen camino, llegó á horas de comer al pueblo y con-

vento de Tepeapulco, donde fué muy solemnemente recibido y se detuvo aquel día y el siguiente. Está fundado aquel pueblo en la ladera de un cerro seco y pelado de árboles, aunque muy poblado de magueys, viene al pueblo una fuente de buen agua, es de mediana vecindad, y ellos y los demás de aquella guardianía parte son mexicanos y parte otomíes, y todos caen en el Arzobispado de México. En aquella comarca hay unas dehesas y llanos en que se dan y cogen turmas de tierra, como las de España, aunque pequeñas. El convento es de mediana capacidad, está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual hay algunos nogales, muchos ciruelos, manzanos y membrillos, y se dan muchos espárragos, la vocacion es de nuestro Padre San Francisco y residen en él cuatro frailes; visitólos el padre Comisario y envió desde allí á México al guardian de Tezcuco para que hablase al Virey y le informase de la verdad cerca de lo que atrás queda dicho que le habian avisado estando en Tullantzingo.

Miércoles quince de Enero salió el padre Comisario ya de día de Tepeapulco, y andadas tres leguas y pasadas en ellas algunas barrancas y cuatro pueblos de indios, en todos los cuales era recibido con mucha fiesta, llegó á decir misa al pueblo y convento de Cempoala, de donde salieron los principales más de media legua á recibirle, y le ofrecieron ramilletes de flores olorosas de la tierra; despues en el pueblo se le hizo muy solemne recibimiento. El pueblo de Cempoala es de mediana vecindad, de temple más frio que caliente, los que moran en él y en toda la guardianía unos son indios mexicanos, otros son otomíes, y todos caen en el Arzobispado de Mé-

xico. No lejos de allí hay unas minas de plata que llaman de Pachuca, que se benefician y se saca dellas mucho metal. El convento está acabado, con su claustro, iglesia, dormitorios y huerta, en la cual hay algunos nogales y otros árboles y mucha y muy buena hortaliza, todo se riega con agua de una fuente que viene al pueblo, la vocacion es de Todos los Santos, residen en él tres frailes; visitólos el padre Comisario y detúvose allí aquel día y el siguiente.

Entre Tepeapulco y Cempoala, no lejos del camino, están los arcos tan nombrados de Tembleque, por los cuales pasa por una barranca muy honda el agua que va encañada desde Cempoala á Otumba. Fuélos á ver el padre Comisario, y causan admiracion, porque son altísimos, muy bien sacados y vistosos; son tres, uno encima de otro, y así viene á estar el último muy alto, y con tener esta altura, no tiene de grueso la pared más de nueve piés, hizolos un fraile de la provincia de Castilla llamado fray Francisco Tembleque, del cual tomaron el apellido, como queda dicho. Este fraile llevó el agua sobredicha desde Cempoala á Otumba y la pasó por muchas barrancas y quebradas, haciendo en ellas arcos y puentes, pero los mayores son los que quedan aquí referidos. Vendieron los de Cempoala aquel agua á los de Otumba por ciertos pesos de oro que se obligaron á darles en cada un año, y ellos se quedaron con otra tanta para su pueblo, la cual entra en él; es toda agua maravillosa.

Estando el padre Comisario en aquel convento de Cempoala recibió una carta del Virey en que le mandaba ir luego á México á verse con él, diciendo que convenia así al servicio del Rey, donde se verificó lo que le

habian escrito á Tullantzingo, y que ya el provincial comenzaba á negociar á su gusto.

Viernes diez y siete de Enero salió el padre Comisario de madrugada de Cempoala, y andadas seis leguas de camino llano con un fresco que le hizo daño notable, llegó á decir misa al pueblo y convento de San Juan Teotihuacan, donde se le hizo gran fiesta y recibimiento muy solemne. El convento aunque pequeño está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual se dan muchas uvas, duraznos, higos, membrillos y otras frutas y hortaliza en cantidad. La vocacion del convento es de San Juan Baptista, moraban en él tres religiosos; visitólos y no se detuvo con ellos sino solo aquel dia. Dentro del convento hay una fuente y manantial que echa medio buey de agua gruesa y mala de beber, tienen hecho en el nacimiento una presa y estanque grande y hondo algun tanto, en que hay mucha cantidad de peces chiquitillos y desabridos que no se pueden comer ni jamás crecen, y aunque han probado á echar otros de otra casta con ellos, no permanecen, que luego se mueren; de aquella fuente y estanque sale un arroyo, el cual allí junto al convento se junta con otro y con otras muchas aguas que nacen dentro del mismo pueblo, y de todas se hace un riachuelo con que un poco más abajo muele un molino y se riegan infinidad de milpas, y últimamente entra el remanente en la laguna de México. El pueblo es de poca vecindad, fundado, como dicho es, entre muchos manantiales de agua, dentro dél hay una casa en que hacia salitre un español para hacer pólvora; los indios de aquel pueblo y de los demás de aquella guardiana son mexicanos y caen en el Arzobispado de México, todos son gente muy devota en extremo

de nuestro hábito y estado, como se verá por un caso que un fraile viejo, muy religioso y fidedigno, contó al padre Comisario y pareció bien referirse en este lugar, el cual pasó desta manera: Quiso la Audiencia real de México encomendar la doctrina de aquel pueblo de San Juan á religiosos de otra orden, y no obstante que los indios no gustando dello, lo pleitearon mucho tiempo, sin que jamás quisiesen ni arrostrasen á que otros frailes sino los nuestros los doctrinasen, con todo esto, vista su porfía por la Audiencia, envió un oidor para que pusiese á los dichos frailes en la posesion de la doctrina que les daban de aquel pueblo, y llegado allí y viendo que no querian los indios y que hacian alguna manera de resistencia, por amedrentarlos y ponerles temor y espanto, hizo hacer unas horcas y prender á los principales y meterlos en cadenas, y que así encadenados los llevasen á las horcas con semblante y ademan de quererlos ahorcar; ellos se dejaron llevar con mucho ánimo perseverando en su propósito, y cuando llegaron cerca de las horcas, entendiendo y creyendo como hasta allí que habian creído que iba de veras y que los querian ahorcar, hincados de rodillas comenzaron á decir en voz alta aquella antiphona de nuestro padre San Francisco que comienza: *Sancte Francisce prospera etc.* Visto esto por el oidor y religiosos quedaron confusos y desistieron del pleito y pretension, y así quedaron nuestros frailes en aquel pueblo y convento donde estaban cuando el padre Comisario los visitó.

No lejos de aquel pueblo están dos kues, que son dos cerros altos hechos á mano, donde en su gentilidad los indios hacian sus idolatrías y ofrecian sus ofrendas á sus ídolos, adoraban allí al sol y á la luna,